

Discursos  
Lección conmemorativa del IV  
Centenario del nacimiento del  
Príncipe de Viana  
Dr. Antonio Pulido y Cluck  
1928 Barcelona

G-F 10220

DE 48

C.1206919

t.129883

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

## DISCURSO

QUE EN LA SESIÓN CONMEMORATIVA DEL IV CENTENARIO

DEL NACIMIENTO DE FRAY LUIS DE LEÓN,

CELEBRADA EL 2 DE MAYO DE 1928,

LEYÓ EL DOCTOR

**D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH**

CATEDRÁTICO Y DECANO

DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

*Se insertan al final las palabras que el  
Rector, D. EUSEBIO DÍAZ, dirigió  
al Dr. RUBIÓ Y LLUCH, en nombre de  
la Universidad*

BARCELONA

Núñez y C.<sup>ª</sup>, S. en C.- San Ramón, 6

Teléf. 2496 A.

1928



Ensayo de la Real Academia de Ciencias y Letras  
Cataluña XIV

123

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

# DISCURSO

QUE EN LA SESIÓN CONMEMORATIVA DEL IV CENTENARIO

DEL NACIMIENTO DE FRAY LUIS DE LEÓN,

CELEBRADA EL 2 DE MAYO DE 1928,

LEYÓ EL DOCTOR

D. ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

CATEDRÁTICO Y DECANO

DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

*Se insertan al final las palabras que el  
Rector, D. EUSEBIO DÍAZ, dirigió  
al Dr. RUBIÓ Y LLUCH, en nombre de  
la Universidad*

BARCELONA

Núñez y C.<sup>a</sup>, S. en C.- San Ramón, 6

Teléf. 2496 A.

1928



R 125982

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE  
LUIS DE LEÓN COMO POETA LÍRICO

2



Excmos. Señores. Señoras, Señores :



INCO veces, hasta hoy, me ha cabido el honroso encargo de llevar la voz de esta Universidad en otras tantas nobles fiestas del espíritu en ella celebradas, distinción hasta ahora no obtenida por ninguno de mis compañeros de claustro. Os he de confesar que de esta distinción, me siento orgulloso, y no ciertamente por mí, que hartó sé lo poco que valgo, sino porque recae en la Facultad de Filosofía y Letras a la que pertenezco, que parece haber sido preferentemente como el despierto *genius loci* de esta nuestra *alma mater* de la ciencia. Hoy de propio impulso, sin requerimiento alguno, vengo a meterme en análogo arduo empeño que en anteriores ocasiones, atento a un imperativo categórico de mis deberes profesionales, el cual creo me impone por razón de mi cargo de profesor de Literatura española, que esta Universidad no permanezca muda en la solemne conmemoración del cuarto centenario del nacimiento de fr. Luis de León, que nuestra querida patria española celebra en estos días con veneración rendida y jubilosa. Bien sé que hubiera podido librarme de tan temerario cometido, alegando mis fuerzas ya gastadas por el peso de los años y aun lo trillado del asunto, por tan soberanas inteligencias puesto magistralmente de relieve; pero me hubiera considerado indigno de la misión del sacerdocio inte-

lectual de que estoy investido, si otro cualquiera que yo, por altos que fueran sus merecimientos, hubiera venido a pontificar aquí en esta nuestra ara de Minerva, en el actual heortástico acontecimiento.

Otro impulso puramente personal me ha movido también a ello y permitidme que lo manifieste, con toda sinceridad, bien que ahora no debiera alegar otro que el supremo del interés y celo en favor de la cultura patria. Próximo ya el fin de mi carrera docente, yo no quería despedirme a la callada de estos muros, que como estudiante y profesor me han cobijado durante cerca de doce lustros de mi existencia, sin solución alguna de continuidad; muros por esta razón tan sagrados para mí, como los del hogar, puesto que a la par de ellos, han sido testigos también de todas las ilusiones y regocijos de mi juventud y de los graves cuidados de la edad madura. ¿Y qué fin y remate más envidiable de mi modesta carrera podría haber yo anhelado en mis ambiciones de educador de nuevas inteligencias, que terminarla uniendo mi obscuro nombre al del glorioso profesor, prez de nuestra querida hermana la universidad salmantina, poeta cumbre, cuyos versos, como la mayor parte de los españoles, me aprendí de memoria desde los lejanísimos días de mi adolescencia? ¿Y qué despedida más noble, se me pudiera ofrecer que una ferviente plegaria de glorificación de tan excelso escritor, como conclusión de todas las oraciones que a la ciencia he elevado en este augusto templo del saber, durante mis cuarenta y siete años de magisterio, bien así como la Iglesia cierra todas las de sus fieles con un exultante himno de gloria a la Trinidad sacratísima?

No extrañéis, Señores, que a la luz poniente de mi vida profesional, que va a extinguirse para siempre dentro de muy breve plazo, se agolpen en mi mente con emoción en este recinto y en este momento, todos los recuerdos de mi pasado universitario; viejo columpio infantil en el que por los años de 1864 me balanceaba regocijado mientras mi padre visitaba acucioso las obras de estos muros en construcción; amados condiscípulos casi todos desa-

parecidos ; maestros venerables que ha tiempo duermen el callado sueño del que nunca en este suelo se despierta ; compañeros de claustro que me recibieron con los brazos abiertos cuando en 1885 me senté en una cátedra gloriosa, de los cuales asimismo ni uno solo ve ya la luz del sol ; doctísimas enseñanzas y angustias de exámenes ; visión alegre de los verdes campos vecinos, hoy dilatadas calles, que rodeaban este austero monumento arquitectónico, o de la risueña cordillera barcelonesa que ante nuestros ojos se extendía, con sólo dar la vuelta a sus esquinas ; y no extrañéis tampoco que por cima de estos recuerdos se destaque más luminoso que todos ellos, el imborrable de un padre sabio y virtuoso, que por espacio de poco más de ocho lustros, dejó sentir su voz de maestro prestigioso en estas aulas ! Cúpome la dicha de que en ellas fuera mi Mentor y después mi compañero de magisterio, durante veinte años, como lo es ahora un hijo queridísimo. Desde 1847 tres generaciones de mi sangre siguen ostentando el mismo apellido dentro de este edificio, que le tocó la suerte de inaugurar a la generación escolar de 1871 que fué la mía. Ante las sombras llenas de misteriosas incertidumbres del límite de la existencia, ¡ cómo colman nuestro ánimo de diversos sentimientos, estas amargas o gratas consideraciones ! Dejadme bendecir por vez postrera, con intensa añoranza, esta hora dichosa y melancólica a la par, como la madrugada cantada por Camoens, en que la Providencia me permite evocarlas ! Dejadme, por último, despedirme también como un acto público de filial cariño y reconocimiento —¿ qué hijo habría que abandonara furtivamente el seno maternal ? —de esta casa que bien puedo calificar de mi madre intelectual, donde se han formado mi cerebro y hasta mi corazón por un espacio de tiempo que excede al normal de la existencia humana ! En su recinto se han unido y confundido mis años juveniles de alumno con los de profesor ; en él me he ejercitado en un continuo aprendizaje científico, porque bien sabéis, cuantos me escucháis, que un profesor de vocación—y yo creo que a falta de otros merecimientos más brillantes, no me negaréis este título—, no es otra cosa que

un perpetuo estudiante, un estudiante que prepara y dicta su lección diaria, con más esfuerzo que sus alumnos; el estudiante en suma que más ha de estudiar entre cuantos asisten al aula universitaria.

Al pasado que acabo de evocar he acudido a buscar la raíz del tema de este discurso, que dedico hoy, como humilde homenaje, al genio incomparable, cuyo centenario natalicio conmemoramos, lamentando, de paso, la mala fortuna que os ha cabido en cuanto al encargado *a fortiori* de ofrecerle en nombre de esta Universidad. Lo que en este tributo mío haya de modesto y deficiente, lo suple con creces el celo e interés que por el mayor esplendor de esta fiesta se ha tomado nuestro querido Jefe, quien en esta ocasión se siente con más orgullo que nunca, hijo afortunado de la veneranda *Salmantica*, y discípulo de su famosa escuela, que fué en la Edad Media, y en los días de nuestro apogeo nacional, cuando soñábamos imponer al mundo *un monarca, un imperio y una espada*, uno de los cuatro grandes estudios de Europa. Gracias a él nuestra actual conmemoración en nada desmerece de las que presencié en este mismo *paraninfo* en 1881 y 1905, en honor de los centenarios de Calderón y de Cervantes.

Os indicaba ahora mismo que acudiría a recuerdos de mi pasado, para hallar en ellos el asunto que me propongo desarrollar. En los pretéritos días de mi adolescencia, dos maestros míos de esta escuela, cuya memoria ha quedado grabada de un modo imborrable en mi corazón—y de uno de los cuales me ha tocado la honra altísima de haber sido sucesor—, me formaron en el culto de fray Luis de León, a saber: don Manuel Milá y Fontanals, el Mentor y faro de la moderna Cataluña, el nuevo orientador de la crítica literaria española; y don José Coll y Vehí, el insigne adoctrinador, legislador y tesorero del habla castellana. Ellos fueron dos ilustres escritores de la prestigiosa cuanto modesta escuela catalana, que el gran lírico español don Manuel José Quintana saludaba con tantos en-

comios en el primer tercio del siglo XIX, y dos títulos de honor de nuestra común literatura nacional. Ellos sintieron y entendieron plenamente la poesía clásica, horaciana, *cosa rara fuera de Cataluña*, exclama M. Menéndez y Pelayo en su prólogo a los *Diálogos literarios* de Coll y Vehí (1), y por consecuencia se hallaron en situación más propicia, venía a añadir el mismo inmortal escritor, para conocer y sentir a fray Luis de León, como poeta lírico. ¡ Preciosa afirmación, que en mis labios carecería de toda autoridad, la de aquel Maestro de maestros que tanto amó y comprendió nuestra tierra, a la que creía «destinada acaso en los designios de Dios, a ser la cabeza y el corazón de la España regenerada» (2). ¡ No olvidemos, Señores, en este momento, que el gran restaurador de la cultura española, con quien mi buena suerte me unió con lazo de afecto fraternal indisoluble en los bancos de esta Universidad, proclamó con su majestuosa voz, deber a ella su orientación intelectual definitiva, cabalmente en esta misma aula regia, en que ahora nos reunimos, y donde se alza, como perpetuo homenaje de nuestra admiración y gratitud, su busto venerable. Su nombre he de asociarlo también a los dos anteriores maestros en cuanto a la revelación del gran lírico español.

Como discípulo modestísimo de tan egregios mentores, que me han enseñado y facilitado el camino, vengo a hablaros ahora, aunque muy a la ligera, porque otra cosa no consiente mi deber de no fatigar vuestra atención, de las excelencias de fray Luis de León, como poeta lírico, que es como si os dijera que vengo a hablaros exclusivamente de *mi Luis de León, predilecto*, del que más conozco, del que más amo, del que más siento y admiro. Quizá os parecerá osadía mi intento como quiera que este es el aspecto más conocido y hasta el más familiar y atrayente de su fisonomía litera-

(1) JOSÉ COLL Y VEHÍ. *Diálogos literarios*, (Retórica y Poética), con un prólogo de D. M. Menéndez y Pelayo, de la Academia Española. Sexta edición. Barcelona, 1914. p. 14.

(2) MENENDEZ Y PELAYO, *Estudios de crítica literaria*. — Quinta serie.—Madrid, 1908. — El Doctor Don Manuel Milá y Fontanals, p. 68

ria. Pero yo creo que todo verdadero y grande poeta dice a cada alma una cosa nueva ; provoca una nueva emoción ; comunica a cada espíritu una revelación distinta. El lírico es el vate por antonomasia ; el oráculo que tiene para cada siglo y para cada pueblo una inesperada palabra profética. Pasan ante él oleadas de generaciones y a todas las sacude con diversos escalofríos de emoción ; su dialogar con ellas nunca es el mismo. No hay duda que de todos los poetas, el lírico es el de voz más augusta y más profunda.

Sólo la lírica nos da la revelación completa del hombre interior. Luis de León puso en sus versos toda su ciencia, toda su virtud, toda su fe, todos sus sentimientos, todos sus dolores ; la vida entera. Sus poesías son su verdadera biografía moral : ellas nos revelan, más que los documentos dispersos, las intimidades de su alma : son el espejo que mejor refleja su carácter y su sensibilidad. El documento sólo nos dá, la mayor parte de las veces, la imagen del hombre vulgar, mutilado, inferior a sí mismo ; la poesía nos pone delante la medida ideal a que puede alcanzar el hombre superior. En una palabra, ella nos descubre el *super hombre*.

El que entre todos los géneros literarios realiza mejor este milagro, es la poesía lírica. Con razón pudo decir Milá hablando de ella, que es la poesía más poética, porque es por excelencia el canto del alma. Ninguna está más sujeta que ella a la ley de la vida, que es la ley suprema del arte. Ella es también, por esta misma razón, la más sincera. No tolera *obra muerta*, porque toda es palabra viva. Es asimismo la más humana, y por esto la más universal, la más eterna. No está basada como la épica y la dramática en realidades concretas y transitorias, limitadas por el tiempo y por el espacio. Como la música no tiene fronteras. Aunque se alimenta también de la savia de un pueblo o de una raza, su principal raíz está en el corazón humano. Parte de él rauda como una saeta, y sólo necesita un polo donde dirigir su vuelo. Todas estas observaciones las hemos de ver plenamente confirmadas en estas breves páginas dedi-

cadadas al gran vate salmantino, y ya de paso se nos ha ofrecido ocasión de ello.

Así como el Dante ocupa la cima más alta y gloriosa de la epopeya cristiana, así fray Luis de León nos aparece como el modelo excelso y permanente de nuestra lírica, y como el más alto poeta moral y religioso de la península. De él ha dicho Laboulaye que es el lírico más culminante de la Edad Moderna, y lo es en cierto modo antes del Romanticismo, que abrió a la inspiración inexpressados y vastísimos horizontes. En efecto, Luis de León no fué más que un lírico, todo de una pieza. Vivió de la inspiración lírica, y sólo para ella, y en tal concepto, en el Parnaso español y tal vez en el europeo de su tiempo, no recuerdo a nadie que pueda ponérsele a su lado. Porque el maestro León, que sepamos, no manejó nunca la sátira, ni escribió epístolas, como Herrera, o los Argensolas, ni cultivó la épica, como Balbuena, o la dramática como Lope de Vega, ni pagó tributo como Garcilaso, y tantos otros, al empalagoso bucolismo de su tiempo. Se ha dicho con razón que si el puro lirismo en alguien pudiera aprenderse, sin duda sería sólo en este eximio poeta.

Se impone al punto el fraile agustino por la pasión férvida de su poesía, por la pujanza y fuego de su estro, por el vuelo rápido de su fantasía, por el cálido movimiento de sus estrofas, por su horaciana concentración; y se impone a la vez por su dulzura y por aquel plácido abandono de su palabra llena de novedades insólitas, como la del Dante.

Sobre todo, lo que más sorprende en él es su originalidad. Es imposible que con sus acentos puedan confundirse los de ningún otro poeta español. Su voz entona cantos augustos nunca oídos antes en nuestra lengua. Es una voz que tiene un nuevo timbre mágico inconfundible. Hasta en sus imitaciones horacianas es original, y abre surco nuevo, y ni aun en sus traducciones de las odas tiene predecesores, y en cuanto a las imitaciones, no le antecede otro modelo que la bellísima Flor de Gnido de Garcilaso. No se parece, en suma, a ningún poeta anterior, ni contemporáneo, ni

posterior. En España y en Europa, es una figura aislada, un solitario, como lo fué Ausias March en la Edad Media o nuestro Caballero en la literatura peninsular del siglo pasado. Es el poeta de las grandes líneas, de las sublimes concentraciones; lo que no le impide insistir en las efusiones más delicadas e íntimas de su alma. Pero esa asombrosa originalidad del inmortal agustino no ha de ser entendido en el sentido *literal* o *filisteo* de la palabra, sino en el substancial. Excepto en ciertos escasos ensayos en que en su primera juventud, cuando sirvió al amor, pagó un ligero tributo al petrarquismo, no abundante y servil, como el de los Garcilaso, Herrera y Lope de Vega; y fuera de sus préstamos a la lírica horaciana, a los que, como he dicho, da también un carácter inconfundible, fué siempre un escritor personalísimo. Pero su dinamismo lírico sube de punto, cuando roba sus acentos a la austera arpa de Salem, o emprende por sí mismo el vuelo a las alturas de la poesía moral y religiosa con sus propias alas. ¡ Ah! entonces no hay poeta alguno, que entre los nuestros pueda comparársele. Aquí está la raíz más vigorosa de su superioridad; aquí los trazos más enérgicos de su fisonomía. En su elocución poética hay asimismo mucho que admirar y que aprender. Sírvese de maneras de decir tan apropiadas, que hacen de algunos de sus versos otras tantas sentencias o apotegmas, mil y mil veces repetidos, porque nunca pierden su vigor, ni su eficacia.

Mas a pesar de su superioridad intelectual y artística, jamás huye fray Luis de León la expresión más llana y sencilla, ya que siente como un santo horror a la retórica, que es el pecado original del arte literario. Y eso que no pagó pleitesía a la poesía popular, ni empleó, que yo sepa, el romance que nacionalizó en la lírica el caudalósísimo y sincero Lope de Vega, nuestro primer gran poeta de espíritu y carácter netamente español.

No empecen sus preferencias por la más encumbrada poesía, a que sea nuestro escritor un lírico de actualidad, de realidades palpitantes. Como el gigante de la mitología, del contacto de la tierra que pisa saca su fuerza. En vano buscárase un gran poeta que no

haya sido el verbo inflamado de su tiempo y de su tierra. Se le ha creído a Luis de León tan sólo un Horacio español, sugestionado por la imitación del excelso cantor de la grandeza de Roma y de Augusto. No es cierto. No es su alma la que se entrega a Horacio, sino que es el espíritu de este poeta a quien dió albergue en la suya, obligándole antes de entrar a renunciar a su toga romana, y a su estoicismo o epicurismo. En ninguno de sus imitadores en el habla de Castilla, se presenta el cisne de Venusa más cristiano y más español, que en el príncipe de la escuela salmantina. El repitió con Horacio, lo que éste con Alceo, a quien hizo ciudadano de la ciudad eterna. Todos los recuerdos, hechos, ideas y sentimientos de aquél, toman en las estrofas leoninas espiritual el sabor de la tierra castellana, por la admirable manera con que sabe el poeta fundir ~~nobleza~~ lo propio con lo ajeno. En vez de la granja de la Sabina o de la Pulla es la de su convento a orillas del claro Tormes, el dulce remanso de quietud de *La Flecha*, la que describe el lírico agustino. Las Molucas o el golfo de Persia substituyen las islas del Archipiélago griego, o las playas del mar Adriático, azotadas por el temporal. En su fantasía París se convierte en el rey Rodrigo; Elena en la Cava; la profecía de Nereo en la del Tajo, poesía maravillosamente trabajada, que tiene un vibrante eco patriótico en la Oda a Santiago, la cual por su incorrección no se ha hecho tan popular, a pesar de las bellezas que contiene. La invitación a los placeres epicúreos, el *carpe diem* del poeta del Lacio, se trueca en el castellano en la exhortación a los *estudios nobles*, a los cuales convidan, a la luz de vigilante lamparilla, las largas veladas otoñales. La flecha tracia se transforma en la *bola tudasca un fuego hecho*, y el Cid substituye al fuerte Alcides. Los dioses del Olimpo cantados en la oda *Quem virum aut heroes* son todos los Santos del paraíso cristiano en la consagrada a este tema; y hasta la invocación al *almo sol* del majestuoso *Canto secular* para que no pueda ver en su curso alterno nada mayor que la ciudad de Roma (*possis nihil urbe Roma-visere majus*) es recordada con graciosa galantería para que asista a ver su

/nobleza u

traslado en la belleza de la recién nacida hija de los Marqueses de los Alcañices. En una palabra : Luis de León fué siempre un poeta modernísimo, y si no pareciera paradoja, diríamos que fué el Andrés Chenier de su época, a la manera como en nuestro sentir Horacio es el Andrés Chenier del siglo de Augusto. El y no otro que él, es el vate ideal a quien alude Menéndez y Pelayo en su vibrante epístola al cantor de Ofanto, que *vertió vino añejo en odres nuevas*, y que labró la forma purísima pagana, con manos y corazón cristianos.

Pero no sólo fué León en el fondo un poeta de recia envergadura étnica, sino ante todo un poeta eminentemente íntimo y subjetivo y un perpetuo enamorado de la naturaleza. Con mucha exactitud y grande acierto expresa éste su aspecto subjetivo el sabio hispanista Coster cuando escribe : «Las poesías de León son impresiones de sus estados de alma, sin grande variedad, pero de una profundidad y sinceridad arrebatadoras» (1).

Por esto casi todas sus composiciones, como ya lo hemos indicado, son vuelos desasosegados de su espíritu hacia las cumbres de purísimo, ideales, y por esto todas ellas tienen un fuerte jugo, una profundidad, un íntimo quejido de dolor humano, un misterio de la vida, que las hace una excepción en la lírica española tan llena entonces de flores artificiales. Luis de León conoció por instinto que los tropos son, en hartas ocasiones, los míseros trapos con que las falsas musas cubren sus desnudeces.

Las hondas introspecciones del alma que abundan en sus poesías, eran casi una nota nueva, desde los días en que Ramón Lull arrancó del fondo de su corazón su patético *Desconort*, del cual parece un eco algo lejano la solemne Canción de Luis de León, *Del conocimiento de sí mismo*, sin que con eso queremos suponer, que por él fuese inspirada. Ciertamente que conoció algo de la producción en

---

(1) ADOLPHE COSTER. *Luis de León (1528-1571)* Extrait de la *Revue Hispanique*. t. LIV. New York. París 1922. t. II. p. 244.

lengua latina del gran místico mallorquín (1), pero de ningún modo en lengua catalana, en lo que fué escrito dicho *Desconort*.

Hay en la lira de Luis de León tres cuerdas mágicas, de las que arranca sus más vibrantes sonidos; el sentimiento religioso, el del arte y el de la naturaleza.

Aquí vendría como traído de la mano hablar de las joyas más exquisitas de la inspiración leonina; mas la índole sintética de este trabajo nos impone límites que no podemos rebasar. Al momento acudirán a vuestra memoria, poesías tales como las odas a *Felipe Ruiz*, a *Salinas*, *La morada del cielo* y la *Noche serena*, el canto de *El Apartamiento*, y las dulces, añoradas y desmayadas quejas *A la Ascensión del Señor*. Estas seis composiciones, al decir de Menéndez y Pelayo, son las más bellas de su autor, y de la poesía española. Se nos consentirá, sin embargo, que dediquemos un ligero recuerdo a la *Oda a Salinas*, siguiendo con ello, respecto de ésta, el ejemplo dado por mi sabio maestro Milá y Fontanals, a quien en cierto modo se debe su revelación, mejor diríamos, su descubrimiento, calificándola con gran acierto, de bella paráfrasis cristianas de la doctrina estética de Platón.

La *Oda a Salinas* es tal vez la poesía más apoteósica, original y profunda que en elogio de la música se haya escrito. Una blanca y misteriosa luz intelectual, envuelve como un nimbo de gloria, las ideas y afectos de sus purísimas estrofas. Hermana gemela de las dos magníficas odas a Loarte y Felipe Ruiz, late en ella la misma trémula aspiración a la vida eterna. Es la aspiración a lo inmortal y a lo infinito, mezcla de nostalgia, de sufrimiento y de placer, que siente más o menos todo corazón humano, y que Luis de León sabe expresar con suave sublimidad en un supremo éxtasis místico. Coste que no comprende el *desorden lírico* de nuestro poeta,—no siem-

---

(1) *Luis de León*. Un estudio del Renacimiento español por AUBREY F. G. BELL. Casa editorial Araluce. Barcelona (sin fecha) p. 410. Mas interesante es la cita de Ausias March, que conocería en la edición de Valladolid de 1555

Qui no es trist de mos dictats no cur... etc.

*Cant de Cants* II 9 Ibidem. pág. 407

pre *querido*, ni fruto de retóricas recetas, aunque a veces empleado con deliciosa y sabia malicia artística—aplica a sus poesías en general, la férula crítica del *Arte poética* de Boileau, y con arreglo a ella, a manera de un orfebre, las define, tasa y mide como joyas, según sean sus quilates de perfección, unidad y armonía de forma.

Dos poesías escapan desde este aspecto a sus censuras y son cabalmente la *Oda a Salinas* y a la *Ascensión*; porque por sus cortos límites no dan lugar a que aparezcan los defectos de ausencia de composición y de lógica unidad, que en su sentir, perjudican el brillante estro del poeta castellano. En la sensación que se transforma en deseo de beatitud, y en la fuerza de esta aspiración está según él, la verdadera unidad del poema (1).

El citado crítico francés llena de elogios, y hace muy bien, la bellísima *Oda a la Ascensión*, considerándola como una obra maestra y aplicando a sus versos aquella feliz expresión que se lee en las *Poesies Nouvelles* de Alfredo de Musset : *moins écrits que revés* (2).

El sentimiento de la naturaleza, que se confunde hartas veces con el religioso, merece en este rápido esbozo de Luis de León, como lírico, un comentario aparte. El nos llevará como su obligado corolario, a decir algo de la famosa oda a Loarte, conocida generalmente con el nombre de *Noche Serena*, su poesía cumbre en este género.

Algo hubo a veces en León, en cuanto a la expresión de este sentimiento, de imitación convencional y de proyección meramente literaria. Así, por ejemplo, el mar, al que alude en tantas ocasiones no debió conocerle directamente, sino por sus lecturas, sobre todo a través de Horacio o de Virgilio. Así también en la descripción del paisaje pidió préstamos a la zampoña pastoril de Garcilaso. Lo son y está fuera de duda aquellos conocidos versos :

---

(1) A. COSTER. *Luis de León* II. 24.

(2) A. COSTER. *Luis de León* p. 242 y 245.

despiértense las aves,  
con su cantar sabroso no aprendido,

.....

los árboles menea  
con su manso ruido (1).

Pero no cabe duda que llegó a tener tal sentimiento, en grado máximo e intenso, con personalidad propia y vigorosa. Su nombre es inseparable de la dulce vida del campo, con el reposo del cual soñaba de continuo su corazón, del que se exhalaban a menudo quejidos de añoranza, semejantes al de la sátira horaciana. ¡ *O rus quando ego te adspiciam!*!, mas sin mezclar jamás con esta fruición estética, como su maestro latino, el menor resabio de epicurismo. Es difícil encontrar en lengua alguna tanta suavidad de tono, ni un ritmo de tan penetrante abandono y placidez para expresar la calma del ánimo, en la soledad campestre, como el que reina en la oda *A la vida retirada*, que no hay español que no sepa de coro.

El sentimiento de la naturaleza es en León unas veces, como en la oda citada, apacible y delicado, otras sublime, solemne, lleno de inquietudes o de anonadamientos del alma. Su nombre, por este motivo, va unido al de los más grandes intérpretes poéticos de la creación. Siempre la contemplación de una *noche serena* será inseparable del recuerdo del noble poeta, como la de un *lago* del de *Lamartine*, la de la *catarata del Niágara*, del de *Heredia*, o como la aparición de una nube fugitiva nos hace pensar en *Shelley*.

El alma de Luis de León estaba llena de insaciable curiosidad

---

(1) En la elegía II de Garcilaso se lee:

Convida a dulce sueño,  
aquel manso ruido...  
.....  
y las aves sin dueño  
con cantar no aprendido..

y en la *Canción* III, con un manso ruido. Vid. Edición de *La Lectura*. p. 50 y 185. Casi contemporáneo de Herrera (1551-1597) fué León, y sin embargo nada tomó de él, ni estilo, ni metro, y en cambio adoptó como forma poética suya predilecta y peculiar la apacible *lira* que Garcilaso empleó, por vez única y primera, en la *Flor de Guido*; la primera poesía horaciana de nuestra lírica.

y admiración ante los espectáculos y cosas de la naturaleza, según tan al vivo lo pinta en aquella conocida, grandiosa oda a Felipe Ruiz, que empieza, *Cuándo será que pueda*, etc. Era al modo de un nuevo *Félix*, el inquieto protagonista del *Libre de les Maravelles* de Ramón Lull. Todo, aun lo más vulgar y corriente, le extasía, si quiera, como él propio lo reconoce, en tales casos, *la costumbre quita la maravilla*. Hubiera podido exclamar con Lope de Vega ; *cada instante es un milagro*.

Pero eran sobre todo los grandes espectáculos de la creación los que más le revelaban la majestad y la gloria del Señor. En los Libros Sagrados, no en los escritores paganos, que no sintieron tales sublimes escalofríos, aprendió a interpretar los misterios cósmicos. La sublimidad, ha dicho Coleridge, es hebrea por nacimiento, y Luis de León era hebreo y no por la sangre, como alguien en su tiempo supuso, sino por las entrañas espirituales más íntimas de su ser. Del lirismo hebreo es en este aspecto de donde saca su vigoroso aliento la musa leonina. Luis de León vió siempre en la naturaleza, como el Dante en el Paraíso, *la gloria de Colui che tutto muove*, y la vió surgir luminosa en el misterio y *gran concierto de los resplandores eternos* de la noche, y en los archipiélagos de constelaciones del océano inmenso de los cielos. En su corazón habían echado raíces profundas los sublimes apóstrofes a los seres todos del universo del *Libro de Job*, que tan bien supo traducir. Agitaba su inspiración aquel espíritu del Señor del *Génesis* que rafagueaba sobre la superficie de las aguas. Por sus labios había pasado el ardiente tizón del Profeta, antes de entonar en lengua vernácula los inflamados salmos de David. Vuela en ellos sobre las nubes la carroza de fuego del Señor, vestido de gloria y de grandeza.

Así brotó bañada de sublime sencillez su incomparable *Noche Serena*, que no ha tenido rival en tiempo alguno. Herrera hubiera necesitado para cantarla sus sexquipedales estancias, que nuestro poeta tuvo el buen gusto de no adoptar : le bastó la plácida lira de

Garcilaso, a la que infundió en esta ocasión una dulce y solitaria melancolía. El magnífico salmo *Coeli enarrant gloriam Dei*, no ha tenido jamás más intensa y excelsa interpretación. Sólo en la Biblia pudo aprender la imaginación del vate agustino a ahondar y ensanchar los límites del mundo visible. Así se explica que en esta oda haya logrado, con pausado vuelo de paloma, introducirnos, mejor dicho, arreatarnos, hasta el mismo seno de los espacios siderales.

Por lo mismo que su lira sabe hallar tan encumbrados acentos, nos hace gustar a menudo como una anticipación de la célica bienaventuranza. Y es que él sentía la poesía como un don del cielo, como una participación suya, y por ello venía a definirla—son sus propias palabras—cual «una comunicación del aliento celestial y divino que fué inspirado por Dios en los ánimos de los hombres... para levantarlos al cielo». En este género se halla lo más original y lo más alto de su producción. Cuando iluminan su entendimiento la fe y la esperanza o el amor cristiano, entonces, dice M. Menéndez y Pelayo, que tan definitivos juicios ha escrito acerca del maestro de Salamanca, asciende a alturas nunca alcanzadas por la inspiración pagana (1). Suelen algunos no obstante, poner en lugar superior en la poesía mística, a San Juan de la Cruz, de quien ha dicho nuestro gran crítico ya citado, que sus cánticos espirituales más parecían entonados por ángeles que por hombres. Pero a nosotros se nos antoja que en tales cánticos hay mucha menos originalidad, que en las odas leoninas, como quiera que en ellas se oye siempre musitar el eco del *Cantar de los Cantares*.

A pesar del *tosco desaliño* de expresión que le echaba en rostro el sabio crítico, don Alberto Lista; a pesar de sus libertades y descuidos candorosos de lenguaje y su falta de lima; a pesar del abuso de ciertos tópicos, más de una vez repetidos, casi con idénticas palabras, como el del *desprecio del oro*, apesar, en suma, de todos

---

(1) *Horacio en España*.—Madrid. 1885. II. 32.

sus defectos, las poesías de Luis de León se han impuesto a la admiración de la humanidad, y aun de críticos extranjeros, que como Bouterwek Sismondi, Ticknor, y tantos otros, no comulgan con sus ideales. Su propio autor, sin embargo, parece que de ellos hiciera poco aprecio, repitiéndose con él el caso del Petrarca. Si éste calificó los cantos de amor de su inmortal *Canzoniere* de bagatelas canoras, y puso sus únicas esperanzas de fama en sus obras latinas, Luis de León dijo de sus versos, con evidente exageración, que se le habían caído como de las manos, casi desde su niñez, dando en cambio la primacía a sus tratados doctrinales en prosa. Hasta llegó a proclamarse como innovador, y como un creador de la prosa artística castellana, en la Introducción al Libro III de los *Nombres de Cristo*. De esta obra, publicada fragmentariamente por vez primera en 1583, se hicieron aun durante su vida varias ediciones, mientras las poesías no veían la luz, sino después de cuarenta años de la muerte del autor (1631), gracias a Quevedo el cual las publicó como un antidoto contra el mal gusto literario de su tiempo. Y sin embargo, como prosista figuraría León, a lo más, en todo caso, en una antología, en segundo lugar entre los grandes maestros y modelos de la estilística castellana.

Es en la poesía donde Luis de León triunfa clamorosamente; donde se alza como un coloso, con todo y no poder ostentar más que una escasísima producción que apenas si alcanza a una treintena de poesías originales, lo cual forma un señalado contraste con la abundante y pletórica de los reyes de la lira de nuestro jardín de Helicon. Pero este collar de tan pocas, como exquisitas perlas, constituye su mayor título de gloria. Estas poesías que son un perpetuo himno de *Excelsior* hacia lo infinito; una continua y fervorosa plegaria; un tierno quejido de las nostalgias más íntimas del alma, son las que definitivamente han ceñido las sienes del humilde vate agustino con la corona de la inmortalidad.

A. RUBIÓ Y LLUCH.

1.º de mayo de 1928.

PALABRAS DIRIGIDAS POR EL RECTOR,  
DR. D. EUSEBIO DIAZ, AL DR. RUBIÓ  
EN NOMBRE DE LA UNIVERSIDAD



Señores :

Quizá, como nunca, en la ocasión de ahora, debiera practicar el respeto del silencio : pero no ese silencio acoplado en un minuto, que una costumbre extranjera ha puesto en boga, sino el silencio prolongado y emotivo que fluye del sentimiento.

Porque llevando yo por deber, más que por mérito, la voz de la Universidad, ha de ser ésta, ante todo, plañidera; para dar rienda a su dolor, al dolor que la produce la pérdida del doctor Serés, maestro preclaro de Medicina, quien en plena madurez de vida y después de una lucha trágica con la muerte, aliado con su Ciencia, asistido por sus alumnos, por esos muchachos que le confortaron como hijos y ayudado por sus colegas, nos dejó para siempre.

Murió con la misma entereza de carácter que tuvo en vida, viendo sereno cómo se marchitaban sus ilusiones, las ilusiones científicas y profesionales que había amasado con estudio y vigiliias perseverantes : murió como un buen cristiano y como un buen patriota...  
¿Qué mejor epitafio?...

Dejad que al cerrar estas frases de necrología, le ofrezca en nombre de la Universidad una reverencia de respeto como muerto, un homenaje de admiración a su ciencia y un recuerdo de afecto y de ternura a nuestro compañero y nuestro amigo...

Y he aquí, señores, que cual los soldados que dominan su emoción en la batalla y siguen cumpliendo su deber junto al camarada que cayó, así nosotros hemos de seguir la vida, luego de ofrecer

una oración y una palabra de dulzura a nuestro desventurado colega...

Por eso, dejo ya su nombre entre las tristezas penumbrosas del recuerdo y recojo parcamente el motivo de este acto.

No es para tratar de nuevo de Luis de León, cuyo IV Centenario quiso marcar hoy nuestra Universidad. Después de las palabras eruditas del maestro, del doctor Rubió y Lluch, sería audacia imperdonable hacer un escarceo en el coto literario del Príncipe de nuestros líricos.

Está agotado el tema, con la intensidad y galanura que pone siempre en sus trabajos el sabio profesor. Yo había leído con fruición esa Monografía copiosa, de crítica sagaz y de alta cultura que hoy ha ofrecido el doctor Rubió al deleite de todos. Yo había paladeado el encanto de su prosa limpia, castiza, exenta de imágenes de talco.

Y, ¿por qué no decirlo? Sólo mi admiración al maestro detuvo mi pluma, que sentía la comezón de escribir también sobre el fraile agustino que se conmemora.

Yo podía aportar algo que marginase el macizo discurso del doctor Rubió: algo mío, objetivo y subjetivo a la vez, que guardo archivado entre las remembranzas risueñas de la edad adolescente: es lo que podríamos llamar «la topografía de fray Luis» que yo vi y que yo sentí en mis años mozos.

Un catedrático de Literatura, que me complazco en recordar desde este sitio, el doctor Rodríguez Miguel, supo inculcarnos en su cátedra de Salamanca todo el fervor que le inspiraba el poeta del Tormes, en cuyos poemas quedó perenne el estro horaciano cual se injertó su arte en la prosa bruñida de sus libros.

Hizo más: en una tarde exuberante del junio castellano, igual que Juliano Marcelo y Sabino en *Los Nombres de Cristo*, sentados cabe la dulce fontana de *La Flecha*, nos leía emocionado pasajes selectos de las obras de Fray Luis, esparciendo vibrante su entonación en aquella planicie solemne, abierta al sol, que escucha la

mansa estrofa de paz que canta el Tormes con perdurable rima, en aquel paraje donde todas las cosas dejan estela de eternidad...

También impelía a mi pluma un impulso vigoroso al rememorar la Cátedra de Fray Luis de León en la vieja Escuela: sitio lóbrego y evocador, tanto en sus toscos bancos seculares que sellan idilios estudiantiles con nombres de Julietas, como en el púlpito en que sitúa la leyenda la frase famosa del eximio agustino.

Todo esto me acuciaba al escribir, y fué preciso pensar en el maestro Rubió para evitar la irreverencia de trocar mis cuartillas en un nuevo discurso sobre Fray Luis.

Y sin embargo, no podía omitir una referencia, si no a su trabajo, a su persona, ya que a esta sesión doblemente solemne, por ser en la Universidad y por disertar en ella el doctor Rubió, ha querido éste dar el realce perdurable de hacerla público colofón de su fecunda vida docente.

Un severo precepto, con inflexible dureza draconiana, cancelará pronto su nombre glorioso de la lista oficial de Catedráticos: pero el frío texto de la Ley, no llega en su eficacia a esterilizar su docencia, pues no tiene, por fortuna, el Escalafón la eficacia enervadora de matar con la vida oficial, el tesoro precioso de su cultura, ni el fuego inagotable de su corazón de maestro, del que todos aprenderemos siempre.

Mientras aliente Rubió, será su alma hoguera sacrosanta de los amores que irradió fervoroso; son a saber: el amor a la cátedra, el amor a su Patria, el culto por Grecia y el sentimiento acendrado por la stirpe hispanoamericana.

Atestiguan el primero, más de ocho lustros de paternidad científica de escolares, que le recuerdan con veneración, porque tienen un trozo de su alma.

Amó a su Patria, porque la concibió magnánimo en un abrazo fraterno, hijo del corazón y no del odio, sirviendo de nexo a sus regiones, ofreciendo toda una vida de estudio para desentrañar la belleza de sus literaturas y las gestas heroicas de la Cataluña me-

diceval, de aquellos tiempos en que pujaba en el mar latino, dominaba en Oriente y conquistaba lauros al ganar triunfadora el Ducado de Atenas.

Veneró la Grecia clásica, desde que Milá y Fontanals modeló su espíritu en las delicadezas de los siglos áureos de su cultura y en las exquisiteces del Renacimiento.

Y alentó, en fin, el espíritu iberoamericano, en una constante ponderación crítica y divulgación de los rasgos ancestrales de la raza a través de la literatura nacional y de las hijas espirituales de España, que le conocen y le admiran como nosotros.

Yo no puedo ni debo entrar en sus obras que muy pronto se compilarán; no estoy, además, capacitado para hacerlo; ello daría a estas cuartillas un matiz del tono de las frases que las inician; y por suerte del doctor Rubió y para provecho de todos, no son mis palabras, elogios póstumos, sino más bien el aliento que le infunde la Universidad en una hora sentimental, en un hito de su vida que marca un alto en su marcha, para gozar de solaz, recostado en sus laureles y halagado por el dulce testimonio de adhesión y simpatía de los que fueron antes sus alumnos y son sus discípulos, de sus compañeros de Claustro, de la Universidad entera, y de nuestro ilustre compañero y Jefe el Ministro de Instrucción Pública, que ha querido significarle en este día sus afectos más cordiales, de consuno con las autoridades de Barcelona y hasta de eximios colegas extranjeros, como M. Bertrand, Profesor titular de Lille, y como el Profesor Monroe, Director General de Enseñanza de los Estados Unidos y Catedrático de Columbia, a quien si siempre tenemos con nosotros cuantos seguimos el movimiento pedagógico del mundo al leer en castellano sus obras, hoy da realce a esta fiesta personalmente.

Todos vemos vinculada en el ilustre apellido Rubió, la tradición ininterrumpida de esta Casa, que escuchó en su padre, el ex Rector Rubió y Ors, los acentos y añoranzas del romanticismo catalán cuando alboreaba el renacimiento literario de su lengua;

que vió en la cátedra de Rubió y Lluch los destellos de su labor fecunda por la cultura genérica y por la propia de Cataluña, que tan poderoso brío aporta a la cultura de la Nación : y que espera ver proseguida en el último Rubió que profesa en nuestra Escuela con iguales fulgores, la genialidad de esta prócer estirpe de intelectuales.

Tiene la fortuna el doctor Rubió y Lluch, de llegar a este día refulgente, en que culmina su figura en la Universidad y en que, para conmemorarlo, hasta el Gobierno de Francia, nuestra nación hermana, que tantas bondades tiene para esta Escuela, le ha otorgado en pleitesía a sus méritos—igual que al Vicerrector, que también colma de merecimientos—el título de caballero de la Legión de Honor.

Ya es venturoso llegar, tras una vida pletórica de honor y de ideales, a ganar el respeto y adhesión cariñosa de los estudiantes de casi medio siglo y de los maestros que se sucedieron en ese tiempo en lo docencia de nuestro Claustro. Al verlo hoy aquí, debe ser feliz nuestro venerado compañero, por haber conseguido llegar pleno de lucidez y con vigor, sin que se repitiera la triste escena que acaeció, cuando embriagado por la ilusión acariciada de visitar la tierra helénica, objeto de sus ensueños, cual a Moisés ante la tierra de promisión le fué vedado verla, porque ya ante ella, cuando el barco llegaba frente al Pireo y mientras admiraba la puesta del sol tras de la Acrópolis, sus ojos se cerraban a la luz, por desprenderse la retina del que tenía hábil ; y, como el vate inmortal de la leyenda homérica, tuvo que contentarse con ir conducido por entre las ruinas sagradas.

Yo siento una profunda emoción, al saludarle hoy en nombre de la Universidad, con la frase de una estrofa del gran poeta de los campos de Fray Luis, de Gabriel y Galán, que recogió su lira que yacía en un remanso del río que cantó con reciedumbre, no como el cortesano Garcilaso o el pseudo árcade Meléndez Valdés.

El autor de *El ama*, hija de *La Perfecta Casada* y nieta de Ho-

racio, canta a *La Montaña* en filosófica rima y la dice, como nosotros al maestro :

.....

.....

«Tienes nieve en la frente

Y oro en la entraña.»

Le decimos también, entre efluvios del afecto y la admiración más sentidos, que este acto no es una sesión elegíaca que pondera sus méritos con acentos de postumidad, sino el canto definitivo de consagración que entona la Universidad en loor suyo.

Y le añadimos, al concluir : la cultura catalana, a la que tantas y tan fecundas vigiliass consagró, espera todavía mucho de su talento : aporte nuevos lauros enalteciéndola al acerbo común de la ciencia española, y el día en que se ausente de su cátedra oficial, no se inunde su alma de pesimismo, de aquel espíritu pusilánime que inspiró a Fray Luis las estrofas de la «descansada vida» ; no se retire por la «escondida senda» sino, siga por la ancha vía de su historia gloriosa, por la misma por donde con él han ido, «los muchos sabios, que en el mundo han sido...».

# DISCURSOS UNIVERSITARIOS

del

Dr. D. Antonio Rubió y Lluch

Catedrático y Decano de la Facultad

de

Filosofía y Letras



## 1901

Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1901 a 1902 ante el claustro de la Universidad de Barcelona, por el Dr. D. Antonio Rubió y Lluch, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras. Barcelona. - Imprenta y librería de Montserrat. Platería, 45. - 1901 — 38 pp. en 4.º.

Tema: *Algunos caracteres de la literatura catalana medioeval.*

## 1902

Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes. Discursos leídos el día 24 de Mayo de 1902 en el solemne festival académico celebrado en el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, con motivo de la entrada en la mayor edad de S. M. el Rey Don Alfonso XIII. - Madrid. - Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández. - Libertad, 16 duplicado. - 1902. — Un vol. de 147 páginas, mas 2 de introducción, en 4.º mayor. La redacción del discurso que aparece desde la página 55 a la 63 fué encargado por el Consejo de la Universidad de Barcelona al Dr. D. A. Rubió y Lluch. El discurso fué leído por el Ilmo. Sr. Rector D. Rafael Rodríguez Méndez.

## 1905

Discurso en conmemoración del tercer centenario de la publicación del «Quijote» que para la solemne sesión que celebró la Universidad de Barcelona el 9 de Mayo de 1905 escribió por encargo de la misma el Dr. D. Antonio Rubió y Lluch. Catedrático de Lengua y Literatura Española en dicha Universidad, correspondiente de la Real Academia Española. Barcelona. - Tipografía «La Académica», de Serra Hermanos y Rusell. - Ronda de la Universidad, 6. - 1905. — 30 pp. en 4.º

Tema: *Impresiones sugeridas por la lectura del Quijote.*

## 1913

Discurso en elogio del Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por Antonio Rubió y Lluch, leído en la solemne sesión que la Universidad de Barcelona dedicó a honrar la memoria de aquel ilustre escritor y antiguo discípulo suyo, el día 18 de Mayo de 1913. - Barcelona. - Tipografía de Hijos de Domingo Casanovas. - Ronda de San Pablo, 67. - 1913. - 81 pp. en 4.º

## 1919

Milá y Fontanals y Rubió y Ors. — Discursos escritos para la solemne sesión conmemorativa del Centenario del nacimiento de dichos ilustres profesores, celebrada el día 29 de Junio de 1919, por los doctores D. Antonio Rubió y Lluch y D. Cosme Parpal y Marqués, Catedráticos de la Facultad de Filosofía y Letras. - Imprenta de Pedro Ortega. - Calle de Aribau, núm. 7. - Barcelona. - 1919. - Un vol. de 139 pp. en 4.º El discurso del Dr. Rubió y Lluch, tiene portada especial en la cual se lee: *El Dr. D. Manuel Milá y Fontanals. Su época y su magisterio.* Su extensión es de 80 páginas.

## 1927

El Dr. D. José Daurella y Rull. Discurso necrológico pronunciado por el Dr. D. A. Rubió y Lluch en la primera reunión celebrada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona el día 19 de Septiembre de 1927, después del fallecimiento de dicho ilustre profesor, Decano que fué de la misma. (Inédito).







